

los ejercicios espirituales, que se observan en el Instituto Bethlemitico, con la misma regularidad, que si estuviera en su Hospital de Bethlehen. Su modestia, caridad, y buen exemplo fueron tan singulares; que no pudieron menos, q̄ fructificar mucho en los Pueblos, por donde passaba, dexando à sus Fieles habitantes sumamente edificadas. Quando se tomó en Lima la posesion de el Hospital de nuestra Señora de el Carmen, fue destinado el Hermano Juan por morador de aquella Casa: y en la zelosa aplicacion de este virtuoso obrero lograron los enfermos, y el Hospital crecidas utilidades. Aunque estaba tan quebrantado de su salud, pudo persuadir su eficacia à el Superior de el Convento, à que le diese algun empleo en servicio de los pobres: y con efecto, fue despachado à solicitarles algun socorro en las Provincias Guaylas, y campos de Bombon. En estos territorios tuvo tan buen logro su zelo; que recogia vnos años mil, y otros mil y docientos carneros, que llevaba cuydado à el Hospital, y se bolvia luego vigilante, à continuar sus diligencias.

En este exercicio de piedad perseverò algun tiempo, hasta que para proseguirlo, le faltaron de el todo las fuerzas; à causa de aversele agravado con extremo los achaques, que continuamente padecia. Por este motivo se vió

precisado à retirarse à las quietudes de el Hospital, donde creció en tal grado el gravamen de sus dolencias; que se llegó à tullir, sin poder executar movimiento alguno, que no fuesse con el auxilio de agena mano. Siempre que en la cama era forzoso moverle, era indispensable, el que se le renovassen con crueldad los dolores, que habitualmente le afligian: pero nunca se quejaba de la impiedad de estos tormentos; antes los ofrecia à Dios resignado: y reputandolos breve pena, en que se le preparaba eterno descanso, daba por ellos gracias à la Divina Magestad. Tal vez con poco reparo le lastimaba; à el moverlo, demasadamente el Enfermero: y aunque en estas ocasiones solia reñirle, luego le pedia perdon, confessando humilde, como impulso sobervio, lo que era solo natural sentimiento. En estas ocasiones se servia de el genio extremadamente humilde, y pacifico, con que se avia dotado el Cielo: y por cuya razon jamàs se le oyó palabra de ira, ò enojo, que passasse de aquellos impetus, que por no poderse reprimir, se reputan inculpables. La crueldad de los accidentes, con la continuacion de el tiempo de padecerlos, llegaron finalmente à ser declarada, y proximamente mortales: y en vista de su notorio peligro, recibió para consuelo de su alma en su cercano transito el Viatico Santissimo, y

la Extrema-Uncion. Aviendo hecho esta funcion Christiana con raras demostraciones de devoto, y arrepenido, passò el Hermano Juan Pecador de esta vida à la eterna, donde se cree piadosamente, que goza el descanso de sus penalidades, y el premio de sus virtudes, el año de 1679.

CAPITULO IV.

VIDAS DE LOS HERMANOS

Andres de la Madre de Dios,

y Juan de San

Pedro.

Natural de la Ciudad de Victoria, Capital illustre de la Provincia de Alba, fue el Hermano Andres de la Madre de Dios: por cuyo nombre quiso ser conocido en el Bethlemitico Instituto; dexando el apellido secular de Andracabide, que tenia por su paterna ascendencia. Aviendo dexado este varon insignificante su originario País, le passò à la Nueva-España la esperanza de lograr algunas temporales conveniencias: pero mudando despues, con mejor luz, estos primeros intentos, concibió ardentissimos deseos de consagrarse à Dios en la profesion de la Religiosa Familia de Bethlehen. Atento à esta vocacion interior, y vencido de su poderosa eficacia, resolvió ponerla por obra: y recibió el Abito de el Instituto de Bethlehen en el Hof-

pital de Goatemala el año de 1675. De la verdad de su llamamiento fue demostracion bien clara el singular empeño, con que en el año de el Noviciado practicò las asperezas, que se frequentan en este Religioso estado: pues sus rigorosas penitencias, y extraordinarias mortificaciones fueron edificacion, y exemplo, no solo de los demás Novicios; sino tambien de los Professos mas aprovechados. No parece, sino que à el vestirse exteriormente el Penitente Saco, se le infundieron todas las virtudes en su interior: pues continuò con tanto fervor su practica, despues de Professo; que se propuso claro espejo de virtudes, en que, para perficionar su espiritual ornato, se miraban los Religiosos perfectos de la Comunidad.

Aviale favorecido el Cielo con vn natural tan docil, y blando, como vna cera: y ayudado de esta genial propension, fueron profundissimos los fundamentos, que preparò en su humildad, para elevar la maravillosa fabrica de su virtuosa vida. Nunca se reconociò en su voluntad la mas leve resistencia à la insinuacion de los mandatos: sin que jamàs hiziesse su rendimiento distincion de personas, y grados, para obedecer; porque con la misma resignacion obedecia à los superiores, que à los iguales, y aun à los inferiores, y mas modernos. La consideracion de la Magestad infinita, que

temen mirar los Angeles, era continua en su alma: y atendiendo siempre presente aquella suprema soberania, era rara su exterior compostura, y su interior recogimiento. Considerando, que por el respiradero de la boca se exhalaba, hablando, el espiritu, era obfervantissimo de el silencio: cautelando cuydadofo, que no se defvaneciesen las quintas essencias de su perfeccion. En tal grado fue zeloso de la observancia de sus constituciones; que prevenia cuydadofo los mas leves indicios de defcuydo, porque la transgression de los estatutos no se siguiesse: y todo su desvelo era, que los remedios fuesen preservativos; antes que huviesse corrupcion alguna que curar.

Notaron sus Hermanos en el Hermano Andres tan soberanas prendas: y confiados seguramente en ellas, le pusieron en algunos empleos, para que de sus exercicios quedasse el Instituto utilizado. El de Procurador de aquella Casa fue el primer oficio, à que le aplicaron: y estando à su cargo por este titulo los intereses de los pobres enfermos, fue rara la fidelidad, y aprobacion, con que satisfizo las obligaciones de este ministerio. Ya quisieran los necesitados, que sus socorros estuviesse siempre à cuenta de este Siervo de Dios; porque à su desvelo debieron, que en su tiempo no se les defraudasse la mas minima parte de

sus limosnas. El singular acierto, con que avia desempeñado las obligaciones de este primer empleo, mereció la atencion de la Comunidad, para que le conficriessen el Magisterio de Novicios: esperando, que de su escuela saldrian estos perfectamente instruidos. Sirvió el Hermano Andres este nuevo empleo con aplicacion summa: mostrando à sus Novicios la senda para la Celestial Patria, mas con el indice de sus exemplares operaciones, que con los avisos de las palabras. Temeroso, de que en la ociosidad peligrassen aquellas nuevas plantas, los tenia siempre bien exercitados: y por este medio fomentaba sus espíritus, solicitando cuydadofo, que no se entibiasen sus primeros fervores en la perfeccion. Las tareas, à que los destinaba, eran decentes, y provechosas: porque eran sus ocupaciones, ò la oracion en las celdas, ò otros espirituales exercicios en el Oratorio, donde tambien los aplicaba à hazer disciplinas. Avia en el Noviciado vn huentecillo, y en este gastaaba con los Novicios algunos ratos, cultivando las flores para el ornato de las Imagenes, hasta que la voz de la campana los llamaba à los ministerios de el Coro, ò à los exercicios de las Enfermerias.

Por estos espirituales rumbos siguió el Siervo de el Señor la peregrinacion de esta mortal vida; sin perder de vista el norte fixo de su

vocacion, hasta que perdió los alientos vitales. De su continua, y fervorosa oracion se le originó su mortal peligro: porque la vehemencia de su consideracion en este mental exercicio le encendió en summo grado la cabeza: y à este accidente se siguió tan abundante fluxion, y tan ardiente, y maliciosa calentura, que en breve tiempo le acercaron su vltima hora. Constituido en tan evidente riesgo recibió el Hermano Andres los Sacramentos Santos de la Iglesia nuestra Madre con expresiones tan edificativas; que no pudieron menos, que ser santamente emulados sus fervores, de los que en la ocasion le asistían. Llegó, pues, el tiempo destinado, que fue el mes de Octubre de el año de 1680. y en él entregó el Hermano Andres su espiritu en manos de su Criador: commutando las penurias de este Valle de lagrymas por las felicidades eternas: y dexando à sus Hermanos en vida, y muerte muy utilizados de sus buenos exemplos. Fue sepultado el cadaver de este Siervo de Dios en la nueva Iglesia de el Hospital de Bethlehen: siendo sus venerables cenizas las primeras, que de Professo de el Instituto Bethlemitico se depositaron en aquel Panteon. No se puede poner en disputa esta noticia; porque, aunque antes avia muerto el Hermano Pedro de Villa, fue enterrado, como queda dicho, en la

Parroquia de los Remedios: y otro, que antes se avia sepultado en el sepulcro de el Hospital, fue vn exemplar Hermano Novicio de solos seis meses.

A el mismo País de la Nueva-España debe la Religion Bethlemitica en el Hermano Juan de San Pedro otro prodigioso hijo: pues aviendo nacido en su terreno, se alistó despues en el Instituto, para ilustrarlo con su exemplar vida. Recibió el Abito este Hermano en el Hospital de San Francisco Xavier, de la Ciudad de Mexico: y todo el tiempo, que vivió en aquella Religiosa Casa, lo empleó en atesorar virtudes à su alma. Los abatimientos de la humildad fueron muy de el genio de este espiritual Varon: y por el amor grande, que tenia à esta virtud, se empleó siempre en los ministerios mas despreciables. Fue extremadamente mortificado, y penitente: y en la observancia de las constituciones rigidas de este Bethlemitico Instituto fue puntualissimo. Vivió el Hermano Juan de San Pedro tan temeroso siempre de la humana miseria, y tan desconfiado de sí mismo por su humildad rara; que incessantemente pedia à Dios, que le quitasse la vida, antes que su espiritu falleciesse de aquella vigorosa resolution, con que avia emprendido el estado, que professaba. Tan repetida fue esta su suplica; que huvo de atenderla la Magestad

tad Divina: pues le facò de esta vida muy presto, assegurando à este fidelissimo Siervo de sus peligros. Siendo de edad de veinte y seis años, poco mas, murió el Hermano Juan de San Pedro: y fue el primero, que con fama de virtuoso descansò en el entierro de la Iglesia de el Hospital de los Bethlehemitas de la Ciudad de Mexico.

CAPITULO V.

VIRTUOSA VIDA DE EL Siervo de Dios Fray Francisco de el Rosario, calificada con prodigios.

NO solo en aquellos primeros tiempos, en que se conservaba reciente la memoria de el Venerable Pedro de San Joseph, y el calor de sus santos influxos, sino tambien en los siguientes años han florecido sujetos de señalada virtud en el Bethlehemitico Instituto. Aunque faltò aquella exemplar, y poderosa mano, para el cultivo de este espiritual terreno; no quedò tan desamparado, que no le proveyesse de obreros la providencia Divina, con cuyo cuydadoso desvelo produxesse maravillosos frutos de virtud. Para el desempeño de las fervorosas solicitudes, con que ha profeguido sus espirituales aumentos la Religion de Bethlehen, tiene el primer lugar Fray Francisco

de el Rosario, de quien de passo dexo hecha relacion en diversas partes de esta Historia. Aviendose agregado este Varon insigne à el Rebaño Bethlehemitico, haziendo en el su Profesion solemne, desempeñò adequadissimamente su vocacion: correspondiendo à sus primitivos fervores el curso de su prodigiosa vida. Fue vniversal la aplicacion de este Religioso à la practica de las virtudes: pero en la oracion, caridad, y mortificacion se hizo mas notable; porque el empeño, con que siguiò estos tres virtuosos empleos, fue extremadamente grande. Su exemplar vida le logrò tantas, y tan vniversales estimaciones; que en la Ciudad de Mexico le atendieron, como dechado de perfeccion no solo el congreso de los Ciudadanos, sino tambien los Tribunales, Arzobispos, y Virreyes: y especialmente formaron altissimo concepto de sus virtudes el Excelentissimo Señor Don Fray Payo de Ribera, y el Señor Seijas. Igual aprecio tuvieron en la estimacion de el Reverendissimo Fray Rodrigo de la Cruz las prendas soberanas de Fray Francisco de el Rosario: y aviendolo destinado, por este motivo, para fundador de los Hospitales de Mexico, de la Puebla de los Angeles, y Oaxaca, desempeñò su aplicacion zelosa en estas obras las muchas esperanzas, que de el se tenian. Fue observantissimo de las leyes de su Instituto:

y

y aviendo gobernado en el empleo de Prefecto aquellos Hospitales mas de veinte años, propagò de fuerte este espiritu en sus subditos con el buen exemplo; que diò criados à la Religion muchos hijos para sus vtilidades, y para la comun edificacion.

A la eficacia de su desvelada aplicacion debiò el Hospital de Mexico mostraren su Claustro finissimas, y devotas pinturas, guarnecidas de preciosas molduras: y esta obra diò ocasion, para que en su vida calificasse Dios con prodigios la virtud de su Siervo. De las Golondrinas, que en aquella Ciudad se crian en mucha copia, se llenaba el referido Claustro con mucho perjuizio de el nuevo ornato; porque con sus asquerosos excrementos afeaban demasiado las pinturas. Lamentaban este inmundo desalino los Religiosos: y oyendo Fray Francisco de el Rosario sus quejas, tratò de acallarlas con el remedio de la fatalidad, que lloraban. Lleno de confianza se salió à el Claustro este Siervo de Dios: y con las voces, que alentaba su fee, mandò à las Golondrinas por santa obediencia, q̄ desamparassen aquel sitio, y no bolviesfen mas afrequentarlo. No pudieron resistir las avecillas la superior eficacia de este precepto: y asì se retiraron obedientes, sin que en el Claustro se viesse en mas de dos años vna de ellas; aunque permanecieron en los demàs sitios de el

Hospital, donde no avia alcanzado la prohibicion. Passado el referido tiempo, se desordenò vna Golondrina, y traspasò el mandato; pero le costò caro su atrevimiento, y se repitiò en credito de la virtud de el Siervo de Dios vn nuevo prodigio. Aviendo notado esta singularidad los Religiosos, dieron cuenta de el suceso à su virtuoso Prelado; que abominando el desacato de la avecilla, la maldixo de parte de Dios por su inobediencia. No acabò el Siervo de el Señor de fulminar esta sentencia, quando se cayò muerta la Golondrina: y su infortunio huvò de servir à las demàs de escarmiento; pues hasta que murió Fray Francisco de el Rosario, no repitiò otra alguna su entrada en el Claustro: y aun se dize, que hasta oy perseveran obedientes à el primer precepto estas avecillas.

Las pruebas, que hizieron los prodigios à las virtudes de este Siervo de Dios, no se limitaron à los terminos de su vida; pues aun despues de su muerte tuvieron por el mismo extraordinario modo notoria confirmacion. Debia vn Español à cierto sugeto gran cantidad de dinero: y no pudiendo pagar, ni alcanzar de el acreedor algun plazo, para solicitar la satisfaccion; se viò precisado, à retirarse à el Hospital de los Bethlehemitas de la Ciudad de Mexico, donde estuvo refugiado, huyendo de alguna execucion atropellada.

C

Dif.